



Material producido por estudiantes y profesores de los Profesorados de Lengua y Literatura, de gestión estatal y privada, de la Dirección General de Educación Superior del Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba, en el marco de acciones Rumbo al VIII Congreso Internacional de la Lengua Española. Septiembre - Diciembre 2018

Las palabras nos atraviesan. Con ellas nos nombramos y nos nombran. Su uso nos describe y describe nuestra historia. Casi imposible, entonces, no encontrar huellas de uno mismo en cualquier uso que hagamos de la lengua. Ejemplo de ello son muchos escritores.

Para entender aún más esta realidad, en esta última entrega disfrutamos de la poesía de dos escritores cordobeses que "pintan su aldea", es decir, reflejan aspectos de la escena literaria regional del sudeste cordobés. Y lo hacen, cada uno, de un modo particular. Que la disfruten.

Walter Grahovac, ministro de Educación de la provincia de Córdoba.

Enterrar el acento natal en esta pampa, para escarbar en el discurso y hacerlo poesía. Quizás en eso consista nuestro quehacer poético, de sudeste cordobés. Bochinchero y ladino, sí, pero desde donde nos hacemos poema, voz y disidencia.

BOCHINCHERA Y LADINA

A través de dos poetas, consideramos ciertos aspectos de la escena literaria regional del sudeste cordobés. Ellos son Eduardo Pepicelli y Diego Brando, quienes plasmaron, desde el lenguaje literario, un particular modo de observar su entorno. Además, contraponemos la idea borgeana sobre un interior cordobés ruidoso y persuasivo con la mirada que aparece en los poemas de estos autores.

En los poemas de las antologías **Franca recompensa** (Ediciones Nubla, 2000), de Pepicelli, y **Frontera** (Editorial Vilnius, 2015), de Brando, encontramos formas particulares y disímiles de poetizar el territorio. Territorio que se presenta desde los límites temporales, espaciales e intangibles del campo y del pueblo, de lo externo y lo íntimo, de la naturaleza y lo sensible.

En el prólogo del poemario **Luna de enfrente** (1925) su autor, no sin melancolía, declara haber consultado diccionarios de argentinismos como fuentes de un cúmulo de palabras que referirá en su poema "El general Quiroga va en coche al muere". Desde el verso "Esa cordobesada **bochinchera** y **ladina**", Borges nos convoca y nos sumerge en las meditaciones de Quiroga. Las fuentes indican que los términos **bochinchera** y **ladina** presentan rasgos del "interior" que Borges decide resaltar no sin otra particularidad. Según el **Diccionario Argentino** de Tobías Garzón de 1910, noté que **bochinchero, ra** es un adjetivo utilizado en un sentido más lato, más comprensible que el proporcionado por la RAE, a saber: "... nuestro bochinchero puede no ser un alborotador público, ... son bochincheros cuando las revuelven y las ponen en confusión, o cuando arman gritería y chacotean unos con otros". Al adjetivo "bochinchera", lo acompaña otro adjetivo, **ladino, na**: "que tiene labia, o sea afluencia persuasiva y gracia en el hablar". Por último, -y completando el sentido lexical de la frase borgeana- incorporamos el sustantivo **cordobesada** como "acción o dicho propio de los cordobeses. Tómate en mala parte o por el lado ridículo".

María Janet Martins

Bochincheros y ladinos: así nos piensa el personaje de Quiroga a los cordobeses, en el poema "El general Quiroga va en coche al muere" de Borges. Desierto y barbarie donde solo puede hallarse la muerte, enuncian sus versos. Desde lo literario, asumimos ese lugar que nos construye / nos dice / nos mira y, fieles a nuestro carácter bullicioso y rebelde, nos reafianzamos cual "estaca pampa" en este rincón de la patria sojera. Para subvertir esa mirada y estallarla de sentido, buscamos en los "madrejones" el murmullo siestero de la poesía bien nuestra. Murmullos que se hacen río y circulan al margen de los océanos académicos y de las oleadas literarias de turno. Murmullo bien ladino, que mira el territorio con el extrañamiento de reconocerse pueblo e infancia, campo y ciudad, siesta y verano. Desesperanza y tedio. Nostalgia y exilio. Interior y frontera. Enterrar el acento natal en esta pampa, para escarbar en el discurso y hacerlo poesía. Quizás en eso consista nuestro quehacer poético, de sudeste cordobés. Bochinchero y ladino, sí, pero desde donde nos hacemos poema, voz y disidencia.

Soledad Galván

Eduardo Pepicelli (13 de febrero de 1961 - 15 de octubre de 2015). Poeta, campesino y profesor. Se recibió de Profesor de Castellano, Literatura y Latín en el ISFD Mariano Moreno. Participó en encuentros de poesía y sus producciones fueron premiadas en **Antología Poética** compartida por la Editorial Nubla en 1996. Publicó **Franca Recompensa** (2000) en Editorial Nubla y permanece inédito el escrito ¿... **Dónde está la mariposa...**?





“... para salvar los caminos
que emprenderemos a la vez
cuando la tarde
se vuelva quimera...”
Eduardo Pepicelli

Vías de tren, Marcos Juárez. Fotografía: Cecilia Cejas

La vida sencilla: una lectura de Franca recompensa, de Eduardo Pepicelli

...estibar sueños
cuando el ánimo inverna
quietudes
Eduardo Pepicelli

La poesía, como el amor, exige que se cumplan las ilusiones

En su libro **Franca recompensa**, Eduardo Pepicelli no titula sus poemas, lo que podría dejarnos al menos dos interrogantes: ¿por qué no titula? y ¿hace falta que lo haga? La elección de no titular tal vez sea, simplemente, porque no lo necesita; su escrito es como un recorte de una conversación. Podemos advertir en estos procedimientos la evocación de una ausencia. Los puntos suspensivos nos dan la idea de que hubo algo dicho anteriormente y habrá de continuar. Los espacios en blanco y la disposición de los versos en algunos de sus poemas indican esa pausa que otorga suspenso y un tiempo que fractura el territorio. Por ejemplo, un pueblo triste y desolado se impregna de una caótica impaciencia debido a la espera

de la amada y en comunión con la naturaleza en la que la lluvia se desgrana. Las palabras y los versos resplandecen en el instante en que invoca a su amada: “Te cuento la lluvia...”. Eduardo nos invita a viajar al campo. La idea de la lejanía, particularmente en el campo, produce en el lector cierta nostalgia creada por la alusión al invierno que, conjugada con la temprana puesta del sol y noches más largas, frías y solitarias, brindan un papel protagónico al clima. Este elemento es utilizado por el poeta para expresar su angustia al no poder estar con la persona a quien ama: “(...) sin el vértigo del tiempo / fuera de las propensiones / a la lejanía / por tu ausencia / malayerba...”. Una excepción es el poema “Paréntesis”, en cuanto a la elección de un espacio distinto: el urbano. El poeta recrea la atmósfera de un café compartido en un bar y apela a la idea de que es necesario hacernos esos paréntesis para enfrentar la tristeza: “... Yo creo / que hay que hacer / esos paréntesis / en donde se resquebraja / la angustia.” El aire, la noche, el silencio, la media luz nos conectan con lo simple y lo natural, aun en un escenario urbano como lo es un bar. La recurrencia a la naturaleza, a los quehaceres del campo, siempre en relación con el tiempo y su suspensión, aparecen de manera delicada y

filosófica, en pos de recuperar una experiencia: “dejar madurar / en horas largas / tus ojos / y mi espera”. Pepicelli nos acerca la atmósfera que se genera en ese bar, a esos momentos de paréntesis que necesitamos para contar nuestras angustias, disfrutar del silencio y de una compañía dejando madurar una relación. El tiempo suspendido y la espera son los temas que prevalecen en sus poemas. Lo íntimo hecho naturaleza, la mirada paciente sobre los vínculos –como quien sabe de los tiempos de cultivo y cosechas, y también de las ansiedades que esto conlleva– reconfiguran una idea de tiempo que solo puede encontrarse en un paisaje rural. Es en esa vida sencilla que Pepicelli evoca la poesía como experiencia, que, tal vez, sea la mejor y la más verdadera recompensa que se pueda obtener.

...Una experiencia simple
encarnar
la rectitud de la espera
presumiendo la ocurrencia
de tu llegada
sin dejar de creer
y eso sí que cuesta...

...Mantener el alma
en vilo atemporal
porque no conozco
el principio
ni el final
de ese duelo del aire...

...estibar sueños
cuando el ánimo inverna

quietudes
y malagana
y no encuentro tus manos
cuando el sol se esconde
maliciando la escarcha...
...represar el encanto
del verso
en ese instante
de la limpiada espera
sin falsas conjeturas
sin el vértigo del tiempo
fuera de las propensiones
a la lejanía
por tu ausencia
malayerba...

Paréntesis

...Yo creo
que hay que hacer
esos paréntesis
en donde se resquebraja
la angustia
y frotar el aire
mágico
de una noche
en silencio
y café compartido
dejar madurar
en horas largas
tus ojos
y mi espera
a media luz
mi pena
y tu sonrisa
mezclándose
en el aire del bar...



“...Yo creo
que hay que hacer
esos paréntesis
en donde se resquebraja
la angustia”
Eduardo Pepicelli

Estacionamiento, Bell Ville. Fotografía: Jorgelina Trombotto

El pueblo como locus amoenus. Sobre Frontera de Diego Brando

Somos jóvenes del interior,
vivimos entre la pereza y la
insolación.
Diego Brando

En este libro, Diego Brando nos muestra la médula de su existencia al esbozar tiempo, vida y encuentro en el paisaje de un pueblo del su-deste cordobés. Recrea un pueblo chico como territorio donde el sol acecha a los jóvenes en sus juegos a la hora de la siesta. Jóvenes que oscilan continuamente entre lo activo y las ganas de no ser, en busca de cualquier salida. Ante esta situación, el disfrute aparece en el tránsito, en una búsqueda, en lo inesperado. Pone al desnudo las sensaciones que puedan caber en un sorbo de nuestros sueños de juventud y la posterior nostalgia. Por un instante, el patio lleno de árboles es nuestro “Tortoni” y en ese afincamiento está el ritmo lento de “predecir qué será de la vida de la gente como nosotros”. El espacio íntimo y lo cotidiano aparecen como refugio y frontera del “nosotros”: “Bebemos vino en las tardes de verano. / Mientras otros vacacionan y beben también...”, un acto casi ritualizado en las tardes de verano del pueblo chico. La intimidad del hogar como refugio de la intemperie, allí desde donde observa el cambio de colores del cielo, los fenómenos naturales, los relámpagos amenazantes, anunciando el principio de lo que va a ser una especie de batalla entre el cielo tormentoso y la tierra de su jardín: “Durante el día, el cielo / cambió de colores. / Parado en medio del patio, / observé cómo el celeste / se convirtió en negro / y de qué manera los truenos / y los relámpagos / amenazaron la tarde”. La lluvia y el viento son puertas a la contemplación del paisaje que es externo y a la vez íntimo: “Un vaso de vino tinto / en medio de la noche / y la tormenta allá afuera / me traen cierta calma (...)”. La mano del hombre es la que mutila su propia vida, como

aquel árbol que al ser cortado es azotado por las tempestades del transcurrir del tiempo: “Pienso y concluyo: / soy ese árbol cortado / y mutilado que recibe el embate / de los vientos y la lluvia, / con placer”. El poeta se posiciona como centinela, un guardián de las plantas que protege y salva del destructor granizo: “Soy un centinela que vela / por su tierra y por sus plantas. / Cuando cae granizo / corro hacia lo salvable, / las plantas en macetas”. Luego de pasada la furia, las corridas y las observaciones de sus árboles y flores, imagina al cielo con un banderín blanco, la acción utilizada en señal de tregua, de fin de tanta hostilidad después de conflictos: “Entro y salgo de casa, nunca descanso. / Aunque debo reconocer que a veces / me imagino flameando al cielo / un banderín blanco”. Evoca el recuerdo de su madre y de su abuelo, apelando así a la complicitad y sensibilidad del lector: “Sentado en la vieja reposera de mi abuelo, / siento el calor y el humo de los espirales / que se filtra por las ventanas. / (...) Mi madre cambia las velas, / sintoniza frecuencias en la radio / que hablan de la tormenta, del viento desatado”. Presenta su pequeño espacio como un lugar edénico, donde la conjunción de olores, silencios y claroscuros se encuentran en un todo armonioso en relación con el paisaje: “Lo pienso y lo digo en voz alta, / la paz es un lugar en medio de un patio”. En la descripción de una noche ventosa de verano realiza un paralelismo entre el pasado y el presente. Se apropia de ambos y los funde para describir la paz vivenciada en su jardín. Finalmente, podemos decir que, si la poesía ejercita el pensamiento filosófico y en sus múltiples recursos nos acercan a una exploración inquieta y libre del ser humano, la obra de Diego Brando nos advierte la condición del hombre que se busca y se halla en comunión con la naturaleza. Vivir, entonces, es aquello que sucede entre la calma y la tormenta, las huellas dibujadas sobre la tierra abrazada por el agua-cero, las cicatrices del cuerpo y el alma.

Diego Brando nació en Leones, provincia de Córdoba, el 29 de diciembre de 1987. Es profesor de Lengua y Literatura desde 2014, egresado del ISFD Mariano Moreno. Publicó su primer poemario, **Frontera**, en 2016, y en 2018 la Editorial Vilnius publicó **Todo lo que se hunde**.



1

El cuerpo pide que lo rieguen
como esas plantas al comenzar el verano,
hojas y flores apuntando hacia la tierra.
El pequeño demonio que se posa
sobre la nuca y los brazos deja marcas
que arden al contacto con la lluvia,
y es preciso correr por las avenidas
del pueblo hasta refugiarse
en un pequeño alero de alguna casa ajena.
Somos jóvenes del interior,
vivimos entre la pereza y la insolación,
y correr resulta un acto desesperado.
Pero corremos y miramos quién se
adelanta,
quién se queda detrás, y sonreímos.
Encontramos oro en una tierra
abandonada.

2

Un vaso de vino tinto
en medio de la noche
y la tormenta allá afuera
me traen cierta calma.
un hormiguero eléctrico
que corre por mi piel.
Me acuerdo del árbol
que corté aquella tarde
en el patio de mi casa,
de la resina fresca
en mis manos
cuando la acomodaba
y del movimiento brusco
de mi cuerpo
al golpearlo con un hacha.
Se estará mojando ahora,
y quizá la tierra
lo esté envolviendo
con frescura.
Pienso y concluyo:
soy ese árbol cortado
y mutilado que recibe el embate
de los vientos y la lluvia,
con placer.

3

Mi gata es una mancha blanca
en la oscuridad del jardín,
la electricidad, que desde ayer
falta en el pueblo, está en las estrellas.
Sentado en la vieja reposera de mi abuelo,
siento el calor y el humo de los espirales
que se filtra por las ventanas.
Podría encender un cigarrillo o destapar
un viejo vino regalado,
volver a los tiempos de antaño, de la falta
de luz
y de los pequeños placeres domésticos.
Mi madre cambia las velas,
sintoniza frecuencias en la radio
que hablen de la tormenta, del viento
desatado.
No hay noticias, quizá también
las emisoras hayan volado,
o al menos suspendido sus actividades.
Lo pienso y lo digo en voz alta,
la paz es un lugar en medio de un patio.

4

Durante el día, el cielo
cambió de colores.
Parado en medio del patio,
observé cómo el celeste
se convirtió en negro
y de qué manera los truenos
y los relámpagos
amenazaron la tarde.
Soy un centinela que vela
por su tierra y por sus plantas.
Cuando cae granizo
corro hacia lo salvable,
las plantas en macetas.
Cuando la furia pasa
presto atención a la estrelicia
y al aroma, los sobrevivientes.
Entro y salgo de casa, nunca descanso.
Aunque debo reconocer que a veces
me imagino flameando al cielo
un banderín blanco.

Declaración de intenciones

...aquél que no encuentra todo el universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo.
“El placer de vagabundear” en
Aguafuertes porteñas, Roberto Arlt

Convencidos de que se es el mismo tonto o genio en Villa Los Patos o Nueva York, impulsamos esta declaración de intenciones desde el interior de la pampa húmeda cordobesa. Desde el llano, donde se desenrolla el horizonte para quien lo quiera ver. Con un silo en cada pueblo y un tractor oxidado a la orilla de las rutas, que nos recuerda con sus ojos opacos de sapo el paso del tiempo. Desde pueblos fertilizados con desgana de ciudad, con calles que terminan o empiezan en el pavimento o en los alambrados odiosos. Islas donde se tejen y destejen las odiseicas esperas de los colectivos.
Por eso, desde el pixelado zoom del Google Maps, aparecemos saludando –mate en mano– a los satélites, a los chimangos y a Dios, que a veces se le da por diluviarlos para borrar los límites y desorientar.
Aplaudimos con fervor a los artistas que escriben, pintan, esculpen y cantan los boliches y las calles desérticas de la siesta... A los caparzones gliptodónticos de cines y estaciones ferroviarias. Y detrás de las ventanas: árboles, cables, bicicletas apoyadas en el cordón junto a una pick up sin motor llena de hojas secas. El centro distraído de los pueblos y los domingos con banda municipal. Los perros, los caballos y las plazas con frutales amargos que te sientan y explican cómo va la vida. En cada pueblo, con río o sin él, un poeta crece como los yuyos locos entre los surcos que no logran eliminar los agroquímicos. Plaga alimentada de palabras. Gracias poetas, gracias. Los saluda el viento interminable que alimenta los molinos narcisistas reflejados cinéticamente en los tanques australianos y la vaca que se escapa del feedlot. Por ustedes poetas, el grano se libera de las tolvas del camión y vuela suicida para morir en la humedad de las banquinas.

Ignacio Vezzoni



Madrejón Poético: los canales por donde circula la poesía del interior

El río suena y agua trae: nuevas tecnologías y soportes atraviesan la relación entre poesía, autores, lectores, editoriales y realizadores. Y para el interior, estos madrejones bulliciosos son nuevas oportunidades que aparecen como una alternativa a los circuitos literarios hegemónicos, siempre en las grandes capitales.
Alto! Poesía, del colectivo **Niño Raro Audiovisuales** y **La Última Inocencia**, librería virtual de Lucrecia Bensi, confirman este bullicio.
Alto! Poesía difunde por YouTube poesía en formato audiovisual. Surge del famoso ¡Alto, policía!: “Sentíamos que el contexto cordobés, represivo y conservador, no lograba contener una poesía hermosa o transformadora que se escapara por unas grietas y esas grietas eran la propuesta de tomarse tres minutos, un día cualquiera y ver y escuchar una poesía que no tiene nada productivo en términos capitalistas y eso nos encanta”, manifiestan sus integrantes. Pueden verse algunos de esos videos en el canal que lleva este nombre, donde poetas como Lucas Tejerina o Elena Anníbali leen sus obras.

La Última Inocencia

La Última Inocencia surge como una librería virtual en el año 2015. Lucrecia Bensi, su dueña, pensó ese nombre en alusión a un poema de Alejandra Pizarnik. Las editoriales cordobesas que componen su catálogo son Buena vista (2005), Caballo negro (2008), Pan comido (2009), Postales japonesas (2010) y Borde perdido (2013). Eligió la poesía por sobre otros géneros porque le gusta, y sería muy difícil para ella vender algo que no disfrute como lectora.



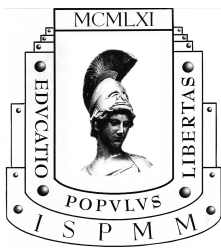
Dirección General de ENSEÑANZA PRIVADA

Dirección General de EDUCACIÓN SUPERIOR

Ministerio de EDUCACION



ISFD “MARIANO MORENO”
BELL VILLE



Literatura Argentina I
Soledad Galván

Historia de la Lengua II
María Janet Martins

Literatura Argentina II
Ignacio J. Vezzoni

Estudiantes:
Karen Antúnez - Rocío Arloro
Jimena Argüello - Victoria Barbieri - Damián Barrionuevo
Marcos Callieri - Eliana Casalánguida - Cecilia Cejas
Silvia Di Rienzo - Agustina Fenoglio - Milena González
Williams Gramet - Mariela Luna
Andrea Manero - Marcela Pezzana - Inés Rey Romero
Martina Sayago - Lourdes Toledo - Jorgelina Trombotto

Bell Ville 2018